

# ACTITUD FRENTE A LA VARIACIÓN LINGÜÍSTICA DE ORIGEN GEOGRÁFICO EN LA OBRA DE CLARÍN. EL CASO DE *LA REGENTA*

RAFAEL RODRÍGUEZ MARÍN

*Universidad de Valladolid. Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española*

Dentro del heterogéneo universo narrativo que da forma a la novela española de la Restauración decimonónica, es grande la relevancia que los autores conceden a la variación lingüística motivada por factores geográficos, en un momento en que llegan a su apogeo las literaturas regionales y se sientan en Europa los principios básicos de la dialectología científica.

El estudio de este uso literario específico, al que alude cualquiera de los estudios de conjunto sobre nuestra historia lingüística<sup>1</sup>, puede reducirse al análisis externo de las representaciones verbales puestas de relieve por los diferentes autores, construyendo así una suerte de aproximación dialectológica a los textos narrativos decimonónicos<sup>2</sup>. Pero también permite ser abordado desde una perspectiva menos tradicional, que tome en cuenta no solo las realidades lingüísticas directamente reflejadas en las obras de ficción, sino también las motivadas por conceptos cuyo estudio caracteriza a las ciencias del lenguaje que inciden especialmente sobre la interrelación entre los fenómenos sociales y los verbales. Aludo en especial a las *creencias*

---

<sup>1</sup> Así sucede, por ejemplo, en la *Historia de la lengua española* de Rafael Lapesa, que en su p. 442 (Madrid, Gredos, 8.ª ed., 1980) señala:

El gusto por el color local, tan característico de la novela realista, dio entrada en la literatura a muchas voces y giros regionales. Hay andalucismos en Fernán Caballero y Valera, galleguismos en la Pardo Bazán, rasgos asturianos en Clarín y Palacio Valdés, y en Galdós peculiaridades canarias y notable atención a ellas. Pereda recoge particularidades léxicas de la Montaña tan amorosamente como retrata la aldea o el puerto santanderino.

De igual modo, Carmen Marrero (*40 lecciones de historia de la lengua española*, Madrid, Playor, 1975, p. 122) recuerda, al hablar del «grupo realista»:

Cada escritor, al describir una región, introduce los elementos y el léxico de esos personajes y la región, abriendo un léxico inagotable. Cada autor tiene su propio vocabulario. Dan carácter literario a una serie de expresiones del idioma que hasta entonces eran provincianismos.

<sup>2</sup> Aproximación que, hasta el momento, no se ha realizado de un modo integral, pero a la que se han dedicado no pocas contribuciones parciales.

y *actitudes* que subyacen tras estas representaciones directas o que aparecen expuestas en otros escritos, no forzosamente literarios, de quienes las crearon<sup>3</sup>.

La obra crítica y narrativa de Leopoldo Alas es especialmente ilustrativa en cuanto a este «juego» entre valoración teórica y actitud práctica frente a la variedad geográfica hispánica que, fuera del castellano, mejor pudo conocer: el asturiano<sup>4</sup>.

No es fácil poner en duda el aprecio que Clarín sintió siempre hacia la tierra asturiana desde que su familia regresó definitivamente a Oviedo en el verano de 1859, cuando Leopoldo acababa de cumplir siete años. Algunas de las mejores páginas de toda la narrativa decimonónica nos brindan el testimonio de los sentimientos que la naturaleza del Principado despertó en Clarín<sup>5</sup>. Pero tal emoción, curiosamente, no parece que discurriera en paralelo a una especial estima por parte del autor de *La Regenta* hacia las variantes lingüísticas propias de la región asturiana. Es cierto que la relación de asturianismos incluidos en los relatos clarinianos es extensa<sup>6</sup>;

<sup>3</sup> La diferencia entre *creencia* y *actitud*, generalmente descuidada en los estudios sociolingüísticos, fue esbozada por José Pedro Rona —«The Social and Cultural Status of Guaraní in Paraguay», en W. Bright (ed.), *Sociolinguistics. Proceedings of the UCLA Sociolinguistic Conference*, Mouton, The Hague, 196, pp. 277-292, y «A Structural View of Sociolinguistics», en P. Garvin (ed.), *Method and Theory in Linguistics*, Mouton, The Hague, pp. 199-211—, que ya distinguió, dentro de las actitudes, entre *creencias* y *hechos*. Humberto López Morales —«Velarización de /RR/ en el español de Puerto Rico: índices de actitud y creencias», en *Dialectología y Sociolingüística. Temas puertorriqueños*, Madrid-Miami-Nueva York-San Juan, Hispanova de Ediciones, 1979, pp. 107-130 (también en *Sociolingüística*, Madrid, Gredos, 1989, pp. 231-242)— define la *actitud* como «una postura crítica, valorativa, del hablante hacia fenómenos lingüísticos específicos, e inclusive hacia dialectos y diastemas completos. Las actitudes pueden estar basadas en hechos reales [...], pero en un gran porcentaje están basadas en creencias del todo inmotivadas» («Velarización de /RR/», pp. 109-110). Frente a ellas, «las *creencias*, sacadas de la realidad o no, no implican postura alguna» (*Ibid.*). López Morales propone, para ejemplificar esta diferencia, el caso de las etimologías populares, generalmente basadas en creencias, pero no portadoras de actitud lingüística alguna.

<sup>4</sup> En otro lugar (I Congrès de Lingüística General; Universitat de València, 1994), he analizado ya aspectos paralelos a los que ahora comento, referidos a la actitud de Valera frente a las hablas andaluzas, y a la que manifestó Pereda frente al dialecto montañés.

<sup>5</sup> Tanto plasmados literariamente (véase, por ejemplo, Ramón Pérez de Ayala, «El paisaje en 'Clarín'», en *Obras Completas*, vol. I, Madrid, Aguilar, 2.ª ed., 1973, pp. 1217-1221, o Mariano Baquero Goyanes, «La literatura narrativa asturiana en el siglo XIX», *Revista de la Universidad de Oviedo*, IX, N.º 49-50, 1948, pp. 81-99) como, desde luego, en su trayectoria vital. Frecuentes testimonios de ello salpican las páginas de las tres biografías clásicas dedicadas al autor: la de Juan Antonio Cabezas («Clarín», *el provinciano universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936), la de Adolfo Posada (*Leopoldo Alas 'Clarín'*, Oviedo, Imp. La Cruz, 1946) y la de Marino Gómez-Santos (*Leopoldo Alas 'Clarín'*, *Ensayo bio-bibliográfico*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1952), así como las de algunos trabajos dedicados monográficamente a este asunto. Por ejemplo, Rafael Altamira: «D. Leopoldo Alas (Clarín)», en *Tierras y hombres de Asturias*, México, Revista Norte, 1949, pp. 123-129, o Néstor Astur Fernández: «El asturianismo de 'Clarín'», *El Progreso de Asturias*, La Habana, N.º de octubre 1952.

<sup>6</sup> Rodrigo Grossi, en su estudio sobre «Algunos motivos asturianos en Clarín» (*III Simposio de Lengua y Literatura para Profesores de Bachillerato*, Oviedo, 22, 23 y 24 de abril de 1982; Universidad de Oviedo, 1983, pp. 119-129) recoge un amplio muestrario de ellos —55 voces bables y 51 topónimos asturianos—, tomados de *La Regenta*, *Su único hijo* y 80 de los relatos breves escritos por nuestro autor.

y su empleo, sobre todo en determinadas narraciones breves, es un elemento destacado entre los muchos que contribuyen a proporcionarle a la obra literaria clariniana su lugar de privilegio entre los autores del ochocientos<sup>7</sup>. Pero lo que en términos de la actual perspectiva social del análisis del lenguaje denominaríamos *lealtad* lingüística<sup>8</sup> hacia las formas características del habla asturiana no fue un sentimiento que caracterizara al temido crítico y catedrático de Derecho.

En efecto, no solo Clarín se abstuvo en todo momento de redactar una obra narrativa completa en bable (entre otros motivos porque, muy posiblemente, no hubiera sido capaz de ello), sino que existen frecuentes testimonios capaces de demostrar una actitud nada positiva de Leopoldo Alas hacia la lengua de su venerada provincia. Este sentimiento se aprecia ya en la expresión de algunas de las opiniones del autor recogidas en sus obras no narrativas. Así sucede, por ejemplo, cuando el crítico afirma, en el prólogo que encabeza una obra escrita por su amigo José Fernández Quevedo<sup>9</sup>, esta sí redactada íntegramente en bable:

Empieza [la obra] en verso y empieza en *bable*, o lo que fuere; [...] Quevedo no pretende ser poeta *regional*, ni regenerar el *bable*, ni cosa parecida; hoy escribe versos *aldeanos*; mañana escribirá prosa castellana digna de nuestros escritores festivos y de costumbres más famosos<sup>10</sup>.

Más significativo aún es el parecer que Leopoldo Alas vierte en las mismas páginas, refiriéndose a la pretensión de crear un bable artificial, muy distinto al utilizado por la gente de los pueblos, que es el que recogió su amigo Quevedo. En estos términos, tan cáusticos como en él era habitual, se expresa Clarín:

El de mi amigo es como el de Cuesta, el bable *realista*, según digo arriba; esto es, el que, *efectivamente*, hablan nuestros aldeanos; que, así

<sup>7</sup> Me refiero a relatos como «¡Adiós, Cordera!», «Manín de Pepa José», «El Quin», «Boña», etc. Véase, para esta cuestión, Mariano Baquero Goyanes, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, Anejo L de la Revista de Filología Española, 1949 (Cap. X: «Cuentos rurales», pp. 353-367); Laura de los Ríos, *Los cuentos de Clarín. Proyección de una vida*, Madrid, Eds. de la Revista de Occidente, 1965 (Segunda parte, cap. I, «Cuentos regionales asturianos»); Elías García Domínguez, «Los cuentos rurales de Clarín», *Archivum*, tomo XIX, 1969, pp. 221-242, y Jesús-Andrés Solís, *Narraciones breves de «Clarín» de ambiente asturiano*, Madrid, Ed. del autor, 1987.

<sup>8</sup> Entendiendo por tal, con Uriel Weinreich (*Languages in Contact. Findings and Problems*, The Hague-Paris, Mouton, 8.ª ed., 1974, p. 99), «the state of mind in which the language [...], as an intact entity, and in contrast to other languages, assumes a high position in a scale of values, a position in need of being 'defended'».

<sup>9</sup> *La batalla de Sao del Indio en la Isla de Cuba ganada por el general Canella*, Oviedo, Impr. Uría hnos., 1886. Aparece reproducido en David Torres, *Los prólogos de Leopoldo Alas*, Madrid, Ed. Playor, 1984, pp. 217-219. Véase, sobre este punto, Rodrigo Grossi, *Ob. cit.*; Luis García San Miguel, *El pensamiento de Leopoldo Alas «Clarín»*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987, pp. 283-284, y Emilio Alarcos Llorach, «'Clarín' y la lengua», en *Cajón de sastrero asturiano-I*, Salinas (Asturias), Ayalga Eds., 1980, pp. 107-108.

<sup>10</sup> Pról. cit., p. 218.

como ya no visten el *clásico* traje que solo se ve en algún baile de máscaras (el traje por que suspiraban los románticos *regionalistas* del calzón corto y la montera piconá), tampoco hablan como los personajes *griegos* del bable de Mari-Reguera o los académicos estilistas de otro bable *ideal* más reciente.

No es ésta ocasión de reñir con nadie, pero, así, de paso, me atreveré a suplicar a los prosistas del *bable estático* que se tomen el trabajo de abandonar antigüedades lingüísticas y estudiar un poço los últimos adelantos de la filología, ayudada por la antropología y otras ciencias; y se convencerán de que el empeñarse en *crystalizar* el bable en formas *académicas* para evitar su corrupción es como fabricar el queso de Cabrales y prescindir de los gusanos<sup>11</sup>.

También dentro de su obra narrativa, Clarín manifiesta, sin excesivo empacho, parecida actitud frente a las realizaciones verbales características de Asturias. Existen testimonios en otras obras<sup>12</sup>, y tampoco faltan en *La Regenta*, obra sobre la que hemos querido centrar nuestro análisis.

Para empezar, Clarín demuestra a lo largo de la novela un especial interés por aludir a las pronunciaciones dialectales características de algunos de sus personajes, ya sean de la zona en que se sitúa la novela (como don Antero, el sacerdote que atiende a don Santos Barinaga en sus últimos momentos, «un anciano de rostro simpático, de voz dulce, [que] hablaba con el acento del país muy pronunciado»<sup>13</sup>) o de otras procedencias. Ejemplo de este último empeño lo constituye el indiano que frecuentaba la casa de las tías de Ana Ozores, y que se despedía diciendo «—Adiosito. Ahorita vuelvo— con un balanceo de hamaca en los diminutivos»<sup>14</sup>, y también se hace patente durante la visita que Ana Ozores y su criada hacen a los barrios proletarios de Vetusta, donde «un andaluz con acento gallego» (curiosa asimilación) se atreve a lanzarle un piropo a la Regenta<sup>15</sup>, o donde los mancebos de las tiendas «son casi todos catalanes, pero pronuncian el castellano con suficiente corrección»<sup>16</sup>.

Pero el mejor testimonio de la falta de aprecio que Leopoldo Alas pareció demostrar frente a las realizaciones dialectales asturianas se encuentra al comienzo del capítulo IX, en la presentación de un personaje que después será crucial para el desarrollo de los acontecimientos narrados: Petra, la criada de los Ozores:

Tenía la doncella algo más de veinticinco años; era rubia de color de azafrán, muy blanca, de facciones correctas; su hermosura podía excitar

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 218-219.

<sup>12</sup> Por ejemplo, en *Su único hijo*, Clarín afirma que el ingeniero alemán Körner y su hija Marta «empezaron a aprender español en el dialecto del país, oscuro y corrompido» (Ed. de Carolyn Richmond, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 181).

<sup>13</sup> *La Regenta*, ed. de José M.<sup>a</sup> Martínez Cachero, Barcelona, Planeta, 2.<sup>a</sup> ed., 1969, p. 640.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 226. Más adelante, en la p. 765, aparece una referencia similar: «Pepe, el casero [dice Ana Ozores en su diario], cantaba cantares andaluces convertidos en vetustenses.»

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 229.

deseos, pero difícilmente producir simpatías. Procuraba disimular el acento desagradable de la provincia y hablaba con afectación insoportable<sup>17</sup>.

Hasta cierto punto chocate —además de nuevamente despectiva hacia el dialecto asturiano— es la observación que Clarín introduce en el capítulo I de la novela, cuando el erudito oficial de Vetusta, Saturnino Bermúdez, enseña la catedral a un rústico matrimonio de Palomares:

—Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don...— y pronunció los nombres de seis o siete soberanos con variantes en las vocales, en sentir del lugareño, que siguiendo corrupciones vulgares, decía *ue* en vez de *oi* y otros adefesios<sup>18</sup>.

Está claro que la «corrupción vulgar» referida es la diptongación de O breve latina ante yod (*uellu* < ŌCULU; *nueche* < NŌCTE, etc.), característica del asturiano (salvo en sus variedades más orientales<sup>19</sup>); pero, ¿a qué se refiere Clarín con la solución teóricamente no corrupta *oi*? Esta diptongación, que también se documenta en el occidente asturiano (*vasadoiro* < VERSATORIU 'arado'<sup>20</sup>), no es en ningún caso la solución castellana, que siempre mantiene la Ō latina ante yod. Posiblemente se trate de un error, achacable a la imprenta o, con mayor probabilidad, al propio Clarín, ya que el descuido se repite en la segunda edición de la novela (Librería de Fernando Fe, 1901), que fue corregida íntegramente por su autor<sup>21</sup>.

Por otra parte, y aunque la ambientación espacial que Leopoldo Alas le proporciona a la novela es, pese al enmascaramiento que supone la voluntaria alteración de todos los topónimos, inequívocamente asturiana<sup>22</sup>, la

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>19</sup> Cf. Alonso Zamora Vicente, *Dialectología española*, Madrid, Gredos, 2.ª ed. muy aumentada, reimpr., 1970, p. 93, y, sobre todo, Diego Catalán y Álvaro Galmés de Fuentes, «La diptongación en leonés» (ahora recogida en D. Catalán, *Las lenguas circunvecinas del castellano*, Madrid, Paraninfo, 1989, pp. 167-206, especialmente pp. 181-187).

<sup>20</sup> Alonso Zamora, *Ob. cit.*, p. 104.

<sup>21</sup> Esta corrección la corrobora el propio Clarín en una carta dirigida a Galdós el 28 de abril de 1900 (Cf. «Nota previa» a la ed. de Gonzalo Sobejano para la Ed. Castalia, Madrid, 1981, vol. I, p. 69) y en otro testimonio personal recogido en el «Prólogo biográfico» de Juan Antonio Cabezas que antecede a la edición de *Obras selectas* de Clarín (Madrid, Biblioteca Nueva, 1947, p. xli).

<sup>22</sup> Sobre todo en los alrededores de Vetusta, donde los nombres de ríos (Abroño, Celonio), montes (Corfin, Areo) o pequeñas localidades (Contrueces, Carbayeda, Santianes...) presentan resonancias fácilmente reconocibles por todo lector familiarizado con la toponimia asturiana. La impresión queda subrayada por las descripciones de algunos ámbitos rurales que Clarín intercala en su «ciudadana» novela, muy semejantes en intención y función narrativa (cf., para esta interpretación, el artículo de Elías García Domínguez antes citado, y también mi trabajo titulado «Descripciones proyectantes en la narrativa de 'Clarín'» —*Dianium* (Homenaje a Juan Chabás), Centro Asociado de la U.N.E.D., Alicante, 1989, pp. 375-383—, así como las páginas 107-112 de mi libro *La novela en el siglo XIX*, Madrid, Playor, 1982) a las que menudean en sus relatos de ambiente asturiano: así son las que corresponden a Loreto —el pintoresco pueblecillo marinero situado «en una provincia del norte, limítrofe de Vetusta», donde Ana es recluida en su niñez— (en el capítulo IV), a la fuente de Mari-Pepa, cerca de Vetusta (en el capítulo IX), así como al Vivero de los marqueses de Vegallana (capítulos XXVII y XXVIII).

irrupción de elementos lingüísticos propiamente dichos del bable en *La Regenta* es muy reducida, casi anecdótica. Las páginas de la novela recogen, fuera de los topónimos antes mencionados, contadísimas voces de esta procedencia<sup>23</sup>. Su presencia en la narración aparece sistemáticamente ligada a los no muy abundantes pasajes de la novela en los que la acción se aleja del medio urbano: el momento en que Ana Ozores, acompañada de su criada Petra, se dirige hacia la fuente de Mari-Pepa para meditar acerca de la confesión general que acaba de realizar con don Fermín de Pas (pasaje del capítulo IX en el que aparece por dos veces la palabra *lavandera*<sup>24</sup>) y las escenas que se desarrollan en el Vivero de los Vegallana (cap. XXVII), donde se documentan *pumarada*<sup>25</sup>, *quintana*<sup>26</sup> y *montera picona*<sup>27</sup>. Este uso ruralizante, con sentido claramente ambientador, de los asturianismos en *La Regenta*, se complementa con su función caracterizadora de personajes en otro pasaje de la narración. Se trata del mismo capítulo XXVII, cuando Pepe, el guarda del Vivero —figura, desde luego, también representativa del mundo rural—, responde al Marqués de Vegallana, molesto porque varios de sus invitados, insignes vetustenses todos, se revuelcan en un pozo seco cargado de hierba:

<sup>23</sup> Rodrigo Grossi (*Ob. cit.*, pp. 125-127) solo recoge cinco: *apañar*, *erba*, *lavandera*, *montera picona* y *pumarada*. A estas hay que añadir, como inmediatamente comprobaremos, al menos otras dos: *quintana* y *rebrincar*.

<sup>24</sup> *La Regenta*, p. 216: «Una nevatilla (en Vetusta *lavandera*) picoteaba el suelo y brincaba a los pies de Ana.» Efectivamente, el *Diccionario de los bables de Asturias* de Jesús Neira y M.<sup>a</sup> del Rosario Piñeiro (Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1989) documenta la forma *lavandera*, en bable central, con el significado de 'aguzanieves', nombre que también recibe la *nevatilla* en castellano. El *Diccionario* académico, sin embargo, no le da a la forma *lavandera* valor dialectal, como tampoco se lo dan ciertos repertorios ornitológicos. En la p. 217 podemos leer, otra vez: «Ana siguió el vuelo de la *lavandera* con la mirada mientras pudo.»

<sup>25</sup> 'Pomarada, sitio poblado de manzanos' (Neira-Piñeiro: bable central y oriental). Martínez Cachero, en la edición de *La Regenta* que venimos siguiendo (p. 754), lee *pomarada*. Sin embargo, tanto la primera edición (Barcelona, Daniel Cortezo, II, 1885, p. 412) como la segunda, corregida por Clarín (Madrid, Fernando Fe, II, 1901, p. 410), incluyen el término tal y como aquí lo comentamos: «Don Víctor salió de la huerta y atravesando prados, pumaradas y tierras de maíz, buscó entre las casuchas vecinas la bajada al río Soto.» Capítulos más adelante, en el momento en que don Víctor, ya enterado del adulterio de Ana, no renuncia a asistir a su acostumbrada expedición cinegética con *Frigilis* y mira apesadumbrado desde el tren el paisaje que va pasando, oímos al narrador: «Sobre los bosques de robles [...] y las *pomaradas* tristes pasaban de cuando en cuando en triángulo macedónico bandadas de cuervos.» (Ed. de Martínez Cachero, p. 846, coincidente con la primera —II, p. 523— y la segunda —II, p. 523—). La cursiva es mía.

<sup>26</sup> 'Delantera de una casa o barrio', según Neira-Piñeiro (en bable central). *La Regenta*, p. 762. Ana, en su diario: «Los caballos arrancaron chispas del piso empedrado de la *quintana* vieja.» Juan Oleza (en su ed. de *La Regenta*, II, p. 447, n. 22) interpreta el término en su sentido castellano: 'quintana o quinta, casa de recreo'. El significado asturiano del término se confirma muy poco más adelante, cuando leemos, dentro del mismo diario de Ana: «Petra, la misma Petra, me gusta aquí en el campo. Se viste como las aldeanas del país, canta con ellas en la *quintana*.» (*Ibid.*, p. 765.)

<sup>27</sup> 'Montera con el pico recto y ladeado' (Neira-Piñeiro: bable central). *Ibid.*, p. 775: «En el momento de entrar él, don Víctor, con una montera *picona* en la cabeza, cantaba un dúo con Ripamilán.»

—Deje, señor, deje que *rebrinquen* los señoritos, que la *erba* yo la apañaré... en sin perjuicio...<sup>28</sup>

Tanto los términos antes comentados como los ahora recogidos, *rebrincar*<sup>29</sup>, *erba*<sup>30</sup> y también *apañar*<sup>31</sup>, son formas utilizadas en la variedad central del bable —exclusivamente o junto con otras zonas dialectales de las mismas hablas, como hemos podido ir viendo—, variedad con la que Clarín debió de estar más familiarizado, por ser la que corresponde a Oviedo, donde vivió y trabajó Leopoldo Alas, y a Guimarán, en el valle de Carreño, donde pasaba sus vacaciones. Notemos, por cierto, que Clarín, tanto en esta novela como en el resto de su obra<sup>32</sup>, prefiere casi siempre no explicar las voces dialectales empleadas, dejando esta tarea al contexto y a la situación en que se enmarcan<sup>33</sup>.

A lo largo de la novela hay otros pasajes en los que, ya con menor nitidez, pueden rastrearse construcciones propias de las hablas asturianas confundidas con otras que corresponden a realizaciones del español vulgar. Así sucede, por ejemplo, con los chicos *de la tralla* que aparecen en el primer capítulo de la novela, y en cuya habla aparecen giros sintácticos («si a manó viene», «pa en bajando»<sup>34</sup>), cuyo origen asturiano ya ha sido señalado<sup>35</sup>.

Para explicar esta, pese a todo, reducida presencia de elementos dialectales asturianos en la novela podríamos recurrir a lo que Eduard J. Gramberg<sup>36</sup> denominó *antirregionalismo* clariniano, que supuso en el autor una huida voluntaria de las referencias a «las costumbres típicas, los trajes pintorescos, el dialecto regional»; actitud que, según José Ignacio Gracia Noriega<sup>37</sup>, le ha podido valer la hostilidad de ciertos regionalistas asturianos.

Sin llegar a situarse en una posición crítica tan extrema, la explicación más aceptable a las *creencias* y *actitudes* señaladas debe conciliar motivos diferentes. Entre ellos debe recogerse, por una parte, la preferencia técnica

<sup>28</sup> Ed. cit., p. 774. La cursiva es del autor.

<sup>29</sup> O *reblincar* 'saltar, retozar' (Neira-Piñeiro: bable central, oriental y occidental).

<sup>30</sup> 'Hierba' (Neira-Piñeiro: bable central y oriental).

<sup>31</sup> En el sentido de 'recoger, reunir' (Neira-Piñeiro: bable central y oriental).

<sup>32</sup> Cf. José M. Navarro Adriaensens, «Leopoldo Alas y su actitud ante la lengua», *Anales de Literatura española*, N.º 2, 1983, pp. 399-407.

<sup>33</sup> Por el contrario, hay algún momento en que el narrador afirma utilizar un término vetustense (y, por tanto, ovetense), sin que en ningún repertorio lexicográfico —general o específico, de las hablas asturianas o no asturianas— se encuentre razón de él. Así sucede, por ejemplo, en este pasaje del capítulo XXVIII: «Los demás, en la oscuridad del corredor estrecho jugaban a un juego de niños que se llamaba en Vetusta *el cachipote*, y que consiste en esconder un pañuelo convertido en látigo y buscarlo por las señas conocidas de frío y caliente» (ed. cit., pp. 793-794).

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 6-7.

<sup>35</sup> Cf. Jesús Neira Martínez, «La función del disparate lingüístico y del dialectalismo en "La Regenta"», *Los Cuadernos del Norte*, Año V, N.º 23, enero-febrero 1984, p. 62.

<sup>36</sup> *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas, «Clarín»*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1958, p. 21.

<sup>37</sup> «Aspectos de Clarín», *La Nueva España*, Oviedo, 14 de junio de 1981, pp. 25 y 27.

de Clarín por la impersonalidad narrativa y el estilo indirecto libre, que implica hacerse eco de estas hablas convirtiéndolas en meras citas<sup>38</sup>; por otro lado se sitúa la explicación propuesta por Emilio Alarcos<sup>39</sup> cuando nos dice que, «aunque Alas utilice vocablos y modismos de su tierra asturiana, las más de las veces con intención de caracterizar a los personajes —se refiere al conjunto de la obra narrativa de Clarín, incluidos sus cuentos—, no es partidario del regionalismo dialectal a ultranza», actitud que, como el propio Clarín señala en su reseña a *El buey suelto* de Pereda, se opone en algunos casos «al carácter general de la lengua española y a las corrientes que sigue»<sup>40</sup>. Quizá, como apunta José M. Navarro Adriaensens<sup>41</sup>, el uso de giros y expresiones locales en la narrativa de Clarín, «teniendo en cuenta la admiración de Alas por Zola, se trataba de un rasgo que traía consigo la época». Pese a las reservas que el mismo crítico aduce, en cuanto a la resistencia de Clarín hacia las novedades literarias por ellas mismas, otros testimonios, personales incluso<sup>42</sup>, parecen probar que Leopoldo Alas no rechazaba en absoluto las últimas innovaciones técnicas, siempre que las considerara dignas de empleo.

En todo caso, y su actitud hacia el uso de los elementos dialectales asturianos parece corroborarlo, Clarín —como después haría Ramón Pérez de Ayala en sus obras de ambiente asturiano<sup>43</sup>— nunca se limitó a presentar en sus relatos idílicos cuadros costumbristas, que a menudo caen en el simple pintoresquismo descriptivo. En el caso de *La Regenta*, porque en sus

<sup>38</sup> Cf. Juan Oleza, nota 6 al cap. XVIII en su edición de *La Regenta* (cit., vol. II, p. 473).

<sup>39</sup> «'Clarín' y la lengua», cit., p. 107. Sobre este mismo aspecto había tratado también Alarcos en el ciclo de conferencias dedicadas a Clarín con motivo del centenario de su nacimiento. (Puede verse un resumen de su intervención, titulada «'Clarín', en el lenguaje», en el diario *La Nueva España*, Oviedo, 25 de noviembre de 1952, p. 5.)

<sup>40</sup> *Solos de Clarín*, Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, ed., 1881, p. 213. Cf. también Francisco Abad Nebot, «Ideas sobre la lengua y usos lingüísticos de Clarín» (*Clarín y La Regenta en su tiempo*. Actas del Simposio Internacional, Oviedo, 1984, p. 986). Debemos recordar, sin embargo, que en otras ocasiones Clarín aplaude sin reservas los usos literario-dialectales de su amigo: «Las Calabazas que da [Nisco] a Catalina [en *El sabor de la tierra*] son soberbias, y vale más todavía el cortísimo diálogo de los dos amantes en la calleja. 'Hispete puro, que mañana te pelan', dice Catalina, y contesta Nisco: '¡Taday, pobreza!' Magnífico, señor Pereda; magnífico» («*El sabor de la tierra*. Novela de don José M. Pereda». *La Diana*, 1 de septiembre de 1882. Recogido en *Clarín. Obra olvidada*. Sel. de Antonio Ramos-Gascón, Madrid, Eds. Júcar, 1973, p. 43).

<sup>41</sup> «Leopoldo Alas y su actitud ante la lengua», cit., p. 401.

<sup>42</sup> Cf. Armando Palacio Valdés, *Testamento literario*. 3.ª ed., Madrid, Libr. de Victoriano Suárez, 1943, pp. 118-119.

<sup>43</sup> Cf., sobre la posición del discípulo de Clarín con respecto al bable, José Manuel González Calvo, *La prosa de Ramón Pérez de Ayala*, Eds. de la Universidad de Salamanca, 1979, pp. 106-108, y José Benito Álvarez Buylla: «El 'asturianismo' de Pérez de Ayala: 'color local' y bable en *Tigre Juan*». En Pelayo H. Fernández, *Simposio internacional Ramón Pérez de Ayala*, University of New Mexico, Impr. Flores, Gijón, 1981, pp. 39-53, especialmente pp. 44-50.



páginas pretende trascender la situación local para llegar a un proceso de mayor generalización. Pero, incluso en los relatos breves, sus personajes, incluso los que se mueven a sus anchas por senderos, carreras y prados, desbordan siempre los límites del marco rural para responder a uno de los rasgos característicos presentes en toda la obra de quien les dio vida literaria: su proyección universal.